

# Problemas y discrepancias en las fuentes literarias: la génesis de la guerra de Corinto\*

César FORNIS

Universidad de Sevilla

Conocí a Juan de Dios Cascajero Garcés allá por el otoño de 1987, cuando, siendo estudiante de segundo ciclo de carrera en la Universidad Complutense de Madrid, nos impartió la asignatura de Historia de Grecia. Tuve entonces oportunidad de comprobar que a su buen hacer docente unía, entre otras muchas cualidades, la calidez y la cercanía hacia sus alumnos. Me es grato igualmente recordar que, al asignarme un trabajo de curso –sobre la tiranía Cipsélida– cuyo progreso no dejó ni por un momento de supervisar, Juan, nuestro Juan, marcó de alguna forma una de mis líneas de investigación futura, la que ha tenido como objeto el análisis de la sociedad corintia. Desde entonces anudamos una amistad que sólo se vio interrumpida de manera brutal con su muerte. Sirva de modesto homenaje a su memoria esta contribución que trata de vincular un tema relacionado con la *pólis* corintia, a través de un conflicto bélico que se desarrolló en buena medida en su territorio, con lo que fue una de sus prioridades investigadoras –en el caso de Juan casi podría decirse una pasión–, la problemática de las fuentes literarias.

No creemos exagerado afirmar que los orígenes de la guerra de Corinto (395-386 a.C.) –y al mismo tiempo las causas, a las que naturalmente aparecen imbricados– se han erigido en una de las cuestiones más intrincadas y complejas a las que se ha venido enfrentando el estudioso del mundo antiguo desde la emancipación misma de este área de conocimiento, una complejidad que nace de la propia naturaleza y credibilidad de las fuentes de las que necesariamente se sirve el historiador de la Antigüedad. El presente trabajo no busca encontrar respuesta a todos los problemas que envuelven la génesis de este conflicto panhelénico que siguió a la guerra del Peloponeso y que, con su gravosa consunción de recursos humanos y económicos, marcó el devenir de la Grecia de las *póleis*. Nuestro objetivo es más modesto, se limita a presentar y contrastar críticamente las fuentes literarias que aluden bajo distintos intereses y enfoques a los acontecimientos que llevaron a la ruptura de hostilidades. Cabe preci-

---

\* Esta contribución, que se enmarca en el Proyecto de Investigación «Las sociedades griegas en la guerra de Corinto», subvencionado por el Ministerio de Educación y Ciencia (HUM 2004-02095), se ha beneficiado de una Ayuda para Movilidad del Profesorado Universitario y de Investigadores del CSIC del mismo Ministerio desarrollada durante el verano de 2005 en el Seminar für Alte Geschichte de la Westfälische-Wilhelms Universität (Münster) y en el Friedrich-Meinecke Institut de la Freie Universität (Berlín). Agradezco a los profesores Peter FUNKE y Ernst BALTRUSCH, respectivamente, su hospitalidad y su valioso consejo.

sar que nos centraremos esencialmente en los dos factores (*aitíai*) que explican o determinan de manera inmediata el estallido de la guerra y no tanto en otros más lejanos en el tiempo que sin duda incidieron en mayor o menor medida en el mismo –las raíces de la contienda se remontan cuando menos a una década antes, al final de la guerra del Peloponeso, con el acaparamiento de los frutos de la victoria por parte de Esparta y la consiguiente y progresiva desafección de sus aliados–, pero que motivos de espacio obligan a dejar al margen y a abordar en otro lugar<sup>1</sup>.

Pese a que la guerra de Corinto recibe su nombre del escenario que vio buena parte de las evoluciones militares, el istmo de Corinto, la contienda se engendró y avivó en Grecia central. La cadena de acontecimientos que, a partir de un conflicto local, de carácter fronterizo y con certeza secular, se suceden en la estación de bonanza (primavera-verano) de 395 hasta desembocar en uno interestatal, panhelénico de hecho, son suficientemente conocidos, bien que existan puntos oscuros derivados de la disonancia entre nuestras dos fuentes principales –Jenofonte y el anónimo autor de las *Helénicas de Oxirrinco*, bautizado como P por la crítica moderna<sup>2</sup>– a la hora de analizar convenientemente los hechos<sup>3</sup>. Uno y otro coinciden, empero, en señalar a la facción tebana antilaconia encabezada por Andróclidas e Ismenias –el historiador de Oxirrinco añade un tercer *prostátes*, Antiteo– como inductora y responsable última de la apertura de las hostilidades, lo que no obsta para que, mucho más explícito y honesto que Jenofonte, el Oxirrinquo enmarque el comportamiento de los antilaconios en el clima de *stásis* que envolvía la vida tebana, y en particular la arena política, donde el grupo laconizante de Leontíades había resultado sumamente beneficiado con la bien asentada hegemonía espartana en la Hélade<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Fornis 2007.

<sup>2</sup> La denominación de P procede de H. BLOCH (1940) ante la imposibilidad de adscribir una paternidad razonablemente segura a la obra. En BRUCE 1967: 3-27, BREITENBACH 1970, BONAMENTE 1973: 13-32 y McKECHNIE y KERN 1988: 7-16 pueden encontrarse excelentes estados de la cuestión acerca de la posible autoría de las *Helénicas de Oxirrinco*, así como de las fuentes, estilo, vocabulario, metodología, filiación ideológica y principales problemas de interpretación que presenta el texto. En los últimos años ha cobrado nueva fuerza la identificación de P con Cratipo, pero, como afirma con ironía BUCKLER 2004: 397 n. 1, puesto que los fragmentos de Cratipo ocupan 43 líneas en el Jacoby y las *Hellenica Oxyrhynchia* 773, más bien habría que decir que las *Helénicas de Oxirrinco* escribieron a Cratipo. La otra candidatura importante es la de Teopompo. Mucha menor fortuna han tenido las atribuciones a Éforo, Androción o Démaco de Platea.

<sup>3</sup> X. *HG.* 3.5.3-4; *Hel. Oxy.* 17-18 (cito por la canónica edición teubneriana de Vittorio Bartoletti [LEIPZIG, 1959], aunque existe una nueva, también en Teubner, a cargo de Mortimer Chambers [STUTTGART-LEIPZIG, 1993], que presenta una diferente numeración de los fragmentos). KRENTZ 1995: 196 trata inútilmente de reconciliar ambos testimonios sobre la base de que el resultado final es el mismo; cf. también Tuplin 1993: 63. Otras fuentes secundarias como PAUSANIAS (3.9.9-10) o DIODORO (14.81.1) extractan a las anteriores, a veces contaminándolas (caso del Periegeta), sin aportar información adicional.

<sup>4</sup> BONAMENTE 1973: 30 lo ha expresado con claridad: «Il quadro da lui offerto dell'antilacedemonismo in Grecia rivela la capacità di offrire il tono della politica greca alla vigilia della guerra di Corinto, sia in Atene, che nelle altre città, distinguendo tra l'interesse di parte, dibattentesi nella prospettiva limitata della dialettica interna ai gruppi politici nelle singole città, che combattevano per la sopravvivenza e la supremazia, e l'orizzonte politico più vasto di chi voleva reinserire la propria patria nel gioco di prestigio e di supremazie in ambito greco». No es excusa para que P parezca más al tanto de las disensiones internas dentro de las ciudades y proporcione una mayor riqueza de detalles acerca de la cadena de acontecimientos que llevaron a la guerra el hecho de que Jenofonte se encontrase en esos momentos en Asia (PLU. *Ages.* 18.2) y ello dificultase la recopilación de información, como se ha dicho hasta la saciedad.

Desde el hallazgo mismo de los *fragmenta Londinensia* del papiro de Oxirrinco en 1906, con sus editores Grenfell y Hunt a la cabeza<sup>5</sup>, un amplio sector de la historiografía moderna ha culpado a Jenofonte de silenciar los efectos que el crudo imperialismo lacedemonio había llevado y continuaba llevando al interior de las ciudades, que exacerbaba las ya de por sí tensas relaciones socioeconómicas y políticas entre los diferentes estratos de población ciudadana<sup>6</sup>. En este punto además, como a lo largo de todo su relato, P establece una escrupulosa y necesaria distinción entre beocios y tebanos que se desvanece en el de Jenofonte, interesado en presentar a los odiados tebanos como *hegemónes* ilegítimos del estado federal y, consecuentemente, usurpadores de los derechos políticos de todos los beocios. Con todo, ambas fuentes reconocen que los tebanos antilaconios no tenían otra manera de forzar la guerra que recurriendo al engaño (ἀπάτη), lo que da idea del equilibrio de fuerzas en la política interna tebana y, por extensión, beocia<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> GRENFELL y HUNT 1908: esp. 205.

<sup>6</sup> KRENTZ 1995: 194, en su nota introductoria a los pasajes 1-7 del capítulo 5 del libro III de Jenofonte, se desmarca de esta valoración y considera injustas las excesivas críticas que ha merecido el historiador ateniense, quien «pese a no escribir en el estilo analítico que algunos estudiosos modernos preferirían, suministra en su relato otras razones fundamentales para explicar la guerra [además del viaje de Timócrates]. Si hubo una causa principal, en Jenofonte son las acciones lacedemonias», afirmación ésta más que discutible ya que cuando Jenofonte destila alguna crítica hacia Esparta (v.gr. 3.5.8-17), lo hace poniéndola en boca de sus detestados tebanos y en un discurso excesivamente retórico, con lo que pierde toda legitimidad. En similares términos TUPLIN 1993: 64: «Xenophon's sympathies appear to be engaged by none of the parties to the conflict». Por razones bien distintas Perlman 1964 tampoco se adscribe a la opinión dominante entre los estudiosos: el esfuerzo del israelí se encamina a disipar la interferencia espartana en los asuntos internos de las ciudades griegas, por lo menos en el continente griego (sólo reconoce una sólida política imperial en Asia Menor), pero no resulta persuasivo. A última hora, al calor del primer congreso monográfico sobre Jenofonte celebrado en Liverpool en 1999, están apareciendo vigorosas defensas del historiador ateniense (por ejemplo BUCKLER 2004 y RUNG 2004, ambas sobre el origen de la guerra corintia).

<sup>7</sup> A hombros del trabajo pionero de CLOCHÉ (1918), los estudios de Margaret COOK (1981: *passim* y 1988) han demostrado de manera fehaciente que desde el final de la guerra del Peloponeso existió una muy tensa pugna por el poder entre las facciones filolaconia y antilaconia, con parecidos recursos e influencia, tanto en la misma Tebas como en el consejo federal, como por otra parte asevera ya el anónimo de Oxirrinco (17.1); esta misma fuente añade que ambos grupos eran de ideario oligárquico –sus integrantes (y no sólo sus líderes) se encontraban entre los βέλτιστοι καὶ γνοριμώτατοι de Beocia–, siendo la razón de su desencuentro el rumbo que debía tomar la política exterior, con Esparta o frente a Esparta (tal y como reconoce el conjunto de la historiografía moderna desde la citada contribución de CLOCHÉ 1918: 326-327, salvo un ACCAME 1966: 101-102 que erróneamente habla de «democráticos tebanos»; no obstante, BUCK 1994: 36 ha matizado que, en política federal, la facción laconizante de Leontíades, Asias y Ceretadas no era tan centralista como la de Ismenias). Semejante equilibrio de poder hace realmente difícil precisar en qué momento la facción de Ismenias desbancó a la de Leontíades en el control de las instituciones locales y federales (P sólo dice un vago μικρῶ πρότερον, «poco antes» de los acontecimientos de la primavera-verano de 395). Según GRENFELL y HUNT 1908: 229, KAGAN 1961: 329-332, BRUCE 1967: 113-114, FUNKE 1980: 47 y BUCK 1994: 28 y 2005: 35, 38 esto ocurriría ya desde 404, lo que explicaría que Beocia mostrara su descontento hacia Esparta a través de la acogida de exiliados demócratas del Ática –votando incluso un decreto en el que se condenaba a una multa a cualquiera que no les proporcionara ayuda– y del rechazo a participar en las expediciones organizadas por los lacedemonios, aunque sin provocar una ruptura definitiva. Ciertamente se entiende mal que el laconizante Leontíades hubiera cometido o consentido los mencionados desaires hacia sus valedores espartanos, pero, por otro lado, como ha visto bien BRUCE 1967: 113-114, Tebas obtuvo grandes ventajas económicas y políticas de la victoria de Esparta sobre Atenas que habrían debido fortalecer, y no debilitar, su predominio político. Así, con más consistencia, PERLMAN 1964: 65, BONAMENTE 1973: 105, HAMILTON 1979: 155, SENSI SESTITO 1979: 40 y COOK 1981: 76 y 1988: 84, además del propio CLOCHÉ 1918: 333-343, creen que

Hizo de manzana de *Eris* en esta coyuntura una franja de tierra para pasto –aunque Pausanias también habla de cultivo de trigo (*vid. infra*)– cuyo dominio y explotación reivindicaban dos pueblos fronterizos: de una parte y a buen seguro los focidios, de otra no es claro si los locros ozolas u occidentales, como sostienen las *Helénicas de Oxirrinco* y Pausanias, o bien los locros opuntios u orientales, como asegura Jenofonte<sup>8</sup>. En una dinámica con visos de ancestral, unos y otros pastorea-

---

Leontíades se mantuvo en el poder hasta poco antes del insulto de Áulide, en 396, lo que no quita para que este último también se pregunte si no pudo darse «un reparto, desigual o no, de las funciones administrativas y gubernamentales a lo largo de los ocho años». Menos probables son las tesis de HACK 1978: 212-213 con n. 10, que intuye que el relevo pudo producirse en 399, en medio de la guerra elea, argumentando que Jenofonte (*HG.* 3.2.23-25) sólo recuerda la negativa tebana a marchar en la segunda campaña de este año, no en la primera, y de PASCUAL GONZÁLEZ 1992: 425, para quien sería un año después, en 398, como consecuencia directa de la actividad lacedemonia en Grecia central. DUSANIC 2005: 109-112 ha negado esta situación de dualidad en el poder («una inestable diarquía» según sus palabras), o la ha limitado a unos pocos meses antes de 395 objetando que, de ser así, el Sócrates del *Critón* (53 B) no habría elogiado la *Eunomía* tebana; sin embargo, como hemos dicho antes, aunque difieren en la política exterior Ismenias y Leontíades son aristócratas de alcurmia y el régimen tebano es una oligarquía que sin duda sería del agrado de Platón.

Otro aspecto que tiende a pasarse por alto, pero que ya fue subrayado por CLOCHÉ (1918: 326) y mucho después desarrollado por COOK (1981 y 1988), es que una buena parte de la ciudadanía tebana no militaba o se adscribía con claridad a ninguno de estos dos grupos políticos, de modo que su opinión y, consecuentemente su voto, variaba según las circunstancias. Durante la guerra del Peloponeso habían apoyado a Esparta por su propio interés, pero la posterior conducta arrogante de Esparta fue enfriando progresivamente este apoyo. Por consiguiente, era necesario implicar de una u otra forma a un amplio porcentaje del *políteuma* o cuerpo cívico, sin duda temeroso de un enfrentamiento contra la principal potencia griega. LENDON 1989: 311-312 ha seguido una línea de investigación similar, alcanzando la conclusión de que «era esencial para Ismenias conseguir que Esparta atacara Beocia, hecho que privaría a Leontíades de buena parte de su apoyo» (muy diferente es la opinión de CARTLEDGE 1987: 292, según la cual «Esparta había estado intrigando con los orcomenios miembros del Consejo federal para evitar una ultrajante declaración de guerra por parte de la Confederación»). Ni siquiera la victoria espartana en la guerra de Corinto alteró sustancialmente este balance de poder y en 382 vemos a los dos mismos líderes principales, Leontíades e Ismenias, al frente de sus respectivas facciones y desempeñando el cargo de polemárcos (magistratura que ejercía el poder ejecutivo tras la desaparición de los beotarcas: *X. HG.* 5.2.25). Es cierto que por entonces los filolaconios habían recuperado el control de la política interna, pero no de manera tan firme como para lograr que Tebas enviara tropas a la guerra contra Olinto, así que en 382 Leontíades urdió un plan para poner la Cadmea en manos extranjeras, esto es, lacedemonias, y acto seguido desembarazarse de una vez por todas de Ismenias a través de un juicio político instrumentalizado (*X. HG.* 5.2.25-31, 35-36 e *infra* n. 11; cf. DUSANIC 1985, que después de todo no considera el juicio una parodia, ni un acto de venganza, sino el resultado de un cambio en la política persa de Agesilao desde 383 tras varios años de fría colaboración con el Rey). Leontíades caería asesinado en Tebas tres años después, en medio de la revuelta democrática (*X. HG.* 5.4.7).

<sup>8</sup> PASCUAL GONZÁLEZ 1995a: 684-689 ha rastreado los testimonios sobre vínculos de amistad o alianza en el pasado entre tebanos de una parte y locros opuntios y ozolas de otra para encontrar que la colaboración política y militar de los tebanos con los locros opuntios está bien atestiguada desde al menos mediados del siglo V en tanto que no hay huella alguna hasta bien avanzado el siglo IV de relación (ya sea amistosa u hostil) entre tebanos y locros ozolas, lo que lleva a este autor a decantarse, forzando quizá demasiado el argumento *ex silentio*, por los locros opuntios. BUCK 1993: 94-95 y 1994: 33 señala además que los focidios eran viejos enemigos de los opuntios, no de los anfisios, razón por la cual el estudioso canadiense resuelve rechazar tanto el testimonio de P como el de Pausanias (*vid. infra*) para quedarse con el de Jenofonte. Observaciones personales en tres momentos diferentes han llevado a BUCKLER 2004: 402-404 a confiar en Jenofonte e identificar el área fronteriza en torno al monte Parnaso cuyo control estaba en disputa con una tierra situada entre la ciudad locra de Opunte y las ciudades focidias de Yámpolis y Abas, la parte superior de la cual forma un valle «desprovisto de obstáculos naturales o características geográficas significativas que puedan servir como frontera». BUCKLER añade además que los detalles topográficos de P sobre la subsecuente intervención

ban periódicamente en este paraje, lo que suscitaba la inmediata reacción de los vecinos, que pillaban los rebaños. Si en la mayoría de las ocasiones recurrían a procedimientos legales para resolver el contencioso, en otras, las menos, éste desembocaba en un conflicto armado, siempre de dimensión local. Pues bien, el conjunto de nuestras fuentes coincide en señalar que esta disputa por la tierra fronteriza entre locros y focidios fue instrumentalizada por los dirigentes de la facción antilaconia tebana, cuyo aliento belicista queda más allá de toda duda, para promover una guerra contra la *arché* lacedemonia.

El caso es que, para Jenofonte (*HG.* 3.5.3-4), Andróclidas y los suyos incitaron en secreto a los locros<sup>9</sup>, sean cuales fueren, para que recaudaran dinero o riquezas (*χρήματα τελέσαι*)<sup>10</sup> en el territorio de la discordia, lo que originó como respuesta, sin duda desmedida en relación con pasadas querellas, una invasión en armas de Lócride por parte focidia<sup>11</sup>. Los *prostátai* tebanos antilaconios invocaron entonces

---

tebana en la parte focidia del valle del Cefiso, que se cuida mucho de cuestionar, prácticamente descartan la posibilidad de que fuera la frontera occidental de Fócide, vecina de Anfisa, la afectada; en este sentido cabe objetar por un lado que los tebanos tenían ya la guerra que querían, por lo que invadieron Fócide por la región más próxima y más sencilla para ellos, no con la intención de socorrer a los locros ozolas, y, por otra, resulta increíble que el historiador de Oxirrínco, que en todo momento hace gala de una gran precisión topográfica, no hubiera caído en semejante incongruencia (*vid. infra* n. 16). En su estudio sobre los locros occidentales, LERAT (1952: 43, aceptado por BUCK, *ibid.*) ya señalaba también que focidios y locros opuntios eran los protagonistas de la pugna, aunque en este caso, menos verosímelmente, por el control de una zona que no tiene relación alguna con el Parnaso, el puerto de Dafunte (actual Aghios Konstantinos). Sin embargo, tras varias campañas de «recorrer, escrutar y excavar, yarda por yarda [la región]», SZEMLER 1996: 98-99 ha mirado hacia otro lado, al valle de Vinianni, a unos once kilómetros al noroeste de Anfisa, muy fértil y con manantiales de agua natural, con lo que sigue a P y sobre todo a Pausanias en la idea de que fueron los locros occidentales y no los orientales los protagonistas de este conflicto fronterizo. Al fin y a la postre, ambas ramas del tronco étnico de los locros militarían en la coalición antiespartana construida en torno al sinedrio de Corinto.

<sup>9</sup> COOK 1981: 226 conjetura que pudo emplearse parte del dinero de Timócrates para «convencer» a los autores de la *razzia*.

<sup>10</sup> Esta es la lectura que dan los manuscritos. Aunque hay dudas sobre si el pasaje está corrupto, no las hay en cuanto a su significado; SCHNEIDER propuso la enmienda de sustituir *τελέσαι* por *ἐλάσαι* (del verbo *ἐλάύνω*), lo que nos daría la traducción «llevarse dinero» en lugar de recaudarlo o exigirlo.

<sup>11</sup> BRUCE 1960: *passim*, esp. 84-86 no resulta persuasivo en su rechazo de la veracidad del episodio. Incluso asumiendo que su hipótesis puede ser tachada de demasiado imaginativa, Bruce sostiene que la argucia ideada por los de Ismenias para prender la llama del conflicto no existió en realidad, sino que sería una invención de la fuente tebana filolaconia utilizada por el historiador de Oxirrínco al objeto de desacreditar a la facción adversaria, la antilaconia, que aun después de la paz del Rey seguía siendo poderosa (de Jenofonte Bruce no dice nada, pero se presupone que su partidismo hacía innecesario el ardid). Resulta cuando menos paradójico que Bruce, un estudioso que no ahorra alabanzas hacia P (a lo largo de su, por otro lado, excelente comentario; BRUCE 1967), sobre todo en el conocimiento que demuestra de las disensiones internas y el método de análisis que aplica, pueda creer que fuera víctima de tal «engaño» por un presunto informante de la facción laconizante. Su alternativa de que la escalada de acontecimientos que desemboca en la guerra fue fortuita, accidental, no sólo parece una concesión a la candidez, sino que desprecia el testimonio de nuestras principales fuentes y no lo sustituye con evidencia sólida. La idea parece haber seducido a BUCK 1993: *passim* y 1994: 30-35 y a PASCUAL GONZÁLEZ 1995a: 689-691, quienes aseguran que «es muy posible que el conflicto entre locros y focidios estallara sin ninguna instigación externa» (cito del segundo), aunque luego la facción tebana antilaconia se encargaría de atizarlo y de convencer a los cuatro consejos federales beocios de la necesidad de apoyar militarmente a sus aliados locros. Para BUCK 1993: 96 los rumores e informes inciertos que circularon sobre la trama urdida por los de Ismenias partirían del juicio contra éste —por las acusaciones de medismo y soborno—, celebrado en 382, en una Tebas con la Acrópolis ocupada por una guarnición

el *casus foederis* con los locros para convencer, sin aparente dificultad<sup>12</sup>, a las cuatro *boulaí* federales beocias de la necesidad de acudir en defensa de sus aliados invadidos, a los que les une una *symmachía*, mientras los focidios enviaban a su vez una embajada a Esparta para requerir la ayuda de su tradicional aliada<sup>13</sup>.

En el relato del anónimo de Oxirrinco (18.2-4) el resultado final es el mismo, aunque varían ciertos detalles relevantes. Quienes son convencidos por los tebanos antilaconios para llevar a cabo una razzia en la tierra fronteriza no son los locros, sino los focidios, cosa que *prima facie* parece más extraña en virtud de la tradicional relación de hostilidad entre éstos y los tebanos<sup>14</sup>. Como represalia los locros roban ganado de los focidios y éstos, instigados de nuevo por “aquellos prevenidos por los emisarios de Andróclidas e Ismenias” (οἱ περὶ τὸν Ἀνδροκλείδαν καὶ τὸν Ἴσμηγνίαν παρεσκευάσαν), organizan una expedición de castigo sobre Lócride. En rigor, de acuerdo con el derecho de gentes helénico, esta penetración de los focidios más allá de sus fronteras con el estado loco constituye el *casus belli* del conflicto<sup>15</sup>. El envío de embajadas a Tebas y Esparta en busca de ayuda no cambia sustancialmente con respecto a Jenofonte –tan sólo en que el llamamiento focidio a Esparta se produce antes de la invasión beocia de su territorio, no después, y en que sus argumentos resultan bastante menos persuasivos para los *hómoioi* de lo que quiere Jenofonte–, pero enseguida el de Oxirrinco introduce otra novedad: la exhortación espartana a los beocios para que no invadieran Fócide y sometieran el problema a la asamblea de los aliados, que fue rechazado por unos beocios aleccionados por “los mismos que habían urdido el engaño y todo este asunto” (αὐτοὺς τῶν καὶ τὴν ἀπάτην καὶ τὰ πράγματα ταῦτα συστήσαντων)<sup>16</sup>. Por tanto, aquí los

---

espartana y ante un tribunal integrado por tres jueces lacedemonios y uno de cada una de las ciudades aliadas (cf. X. *HG.* 5.2.35-36; PLU. *Pelop.* 5.3 y *Mor.* 576 A).

<sup>12</sup> Posiblemente porque, como apunta BRUCE 1967: 120, el conjunto de los beocios no debía contemplar la posibilidad de una ulterior guerra contra Esparta.

<sup>13</sup> Para una lectura jurídica de la naturaleza e implicaciones de la concatenación de *symmachíai* que entran en juego, véase ALONSO TRONCOSO 1997: 22-29.

<sup>14</sup> MCKAY 1953: 6 ya hizo notar la aparente inconsistencia del anónimo de Oxirrinco en cuanto a lo extraño de que los tebanos pudieran convencer a los ancestrales enemigos focidios para que ejecutaran un plan que conduciría a la invasión y pillaje de su estado por los beocios. No obstante, la versión de un historiador de Oxirrinco que parece excelentemente informado podría salvarse si existió soborno o si los intereses de esos agentes focidios coincidían con los de Ismenias y Andróclidas (COOK 1981: 234-235, por ejemplo, se resiste a creer que el Oxirrinco cometiera semejante error y BONAMENTE 1973: 127 opina que precisamente por tratarse de un acercamiento no oficial y secreto es más lógico que fuera con los hostiles focidios, ya que a los locros los tenían ya de su parte). Otra alternativa que trata de salvar la credibilidad de P, aunque es cierto que menoscaba su crédito como historiador, es la defendida por BRUCE (1960: 85, reafirmada en 1967: 119), que como hemos dicho más arriba descansa en la asunción de que toda la maniobra fue fabricada por los oponentes políticos de Ismenias, de tal manera que P también caería en las redes del engaño. Por último, la sugerencia de TUPLIN 1993: 62 n. 47 de que los tebanos pudieron sobornar a los dos pueblos a la vez sólo obedece al (baldío) intento de reconciliar las tradiciones de Jenofonte y P.

<sup>15</sup> Consciente de ello, Jenofonte (*HG.* 3.5.4) recoge el argumento focidio, expuesto por sus embajadores en Esparta, de que ellos no habían iniciado la guerra, sino que sólo se defendían de los locros.

<sup>16</sup> En puridad no se trata de un ultimátum formal y condicionado previo al desencadenamiento de las hostilidades –pues los tebanos aún no habían vulnerado las fronteras focidias–, si bien obviamente esta maniobra diplomática ejercía coerción sobre el estado receptor (cf. ALONSO TRONCOSO 1995: 244-250), como tampoco de un arbitraje, pese a que lo encontremos en la lista de PICCIRILLI 1973 (nº 34). Para ACCAME 1951: 25 y

lacedemonios no parecen destilar ese ardor guerrero con que les acredita Jenofonte, o por lo menos no todas las facciones que poblaban la compleja arena política espartana, dado que se intenta una mediación diplomática que evite el conflicto sin dañar la imagen del *hegemón* heleno.

La subsiguiente invasión beocia de Fócide, que afectó al curso alto del valle del Cefiso, no lejos de la frontera con la Lócride Opuntia, está ausente por completo del relato de Jenofonte, pero es descrita con detalle por el anónimo de Oxirrincos (18.5). P narra el saqueo de los campos de los parapotasios, daulios y fanoteos, una incursión en la llanura de Elatea y los infructuosos asaltos a las ciudades de Hiámpolis y Daulia, aunque los beocios sí lograron apoderarse de los suburbios (προάστειον) de Fanotea<sup>17</sup>.

En lugar de mencionar el intento de arbitraje y la campaña beocia en Fócide, Jenofonte (*HG.* 3.3.5) concentra toda su atención en mostrar a los espartanos ufanos ante la perspectiva de ajustar cuentas con los tebanos, a quienes reprochaban una larga lista de agravios que se remontaba al final de la guerra del Peloponeso: la reclamación tebana del diezmo de Apolo del botín tomado en Decelia, su negativa a participar en la expedición lacedemonia al Pireo –convenciendo además a los corintios para que hicieran lo mismo–, la misma conducta que observaron después respecto de la empresa asiática de Agesilao, donde incluso se permitieron interrumpir los sacrificios previos a la partida que el rey intentó consumir en Áulide. A todo ello puede añadirse que los demócratas atenienses exiliados del régimen de los Treinta Tiranos encontraron no sólo acogida en Tebas, sino colaboración en sus proyectos de restauración de la democracia en Atenas<sup>18</sup>. De este modo, como la guerra en Asia

---

1966: 103, seguido por HAMILTON 1979: 194-195 y COOK 1981: 239, Jenofonte omite todo rastro de esta embajada espartana a Beocia para no dañar con su fracaso la imagen de una Esparta todopoderosa que anhelaba la venganza contra los tebanos; HAMILTON, seguido por PASCUAL GONZÁLEZ 1995a: 692-693, añade que la embajada sería una concesión de los «halcones» espartanos a los «palomos» presuntamente lideradas por el rey Pausanias y su fracaso se explicaría por el tono arrogante e imperativo desplegado por los enviados espartanos (acorde con su declaración de ἀρχεῖν τῆς Ἑλλάδος, como ya apuntaron GRENFELL y HUNT 1908: 233). Sin embargo, LENDON 1989: 313 n. 61 no cree que la dureza verbal de los embajadores esté en consonancia con una hipotética voluntad de buscar un entendimiento por parte de los «pacifistas» espartanos. Más coherentemente en nuestra opinión, PERLMAN 1964: 66 concede a la demanda espartana un valor meramente propagandístico, cuya única pretensión sería descargarse de responsabilidad ante los demás griegos a la hora de determinar quién era culpable de la apertura de las hostilidades. BUCKLER 2004: 407 interpreta que, de haber cedido, los tebanos habrían sido sometidos a un auténtico juicio –niega cualquier tipo de arbitraje– ante un tribunal integrado por Esparta y sus aliados.

<sup>17</sup> Cf. COOK 1981: 250-255 y 1990a: 59-60, que piensa que la finalidad principal de esta campaña fue hacer de Fócide el teatro de la guerra contra Esparta (idea que nace de la premisa de la autora de que Ismenias no pretendió nunca sacar el conflicto de su contexto de Grecia central). CAWKWELL 1976: 81 también sugiere que los beocios tenían como objetivo último la anexión. Por el contrario, BRUCE 1967: 121, aceptado por BUCK 1994: 35, vio en el ataque una expedición meramente punitiva, organizada con premura (διὰ ταχέων) y sin llevar al grueso del ejército federal, con el fin de causar el mayor daño posible, mas sin planes preconcebidos o pretensiones reales de conquista. Esto puede ser cierto, pero no por ello refuerza la tesis del británico de que los tebanos no buscaban desencadenar un conflicto con Esparta. Como apostillan MCKECHNIE y KERN 1988: 170, a los tebanos les bastaba con esta acción de castigo contra los focidios para provocar la reacción de sus aliados espartanos.

<sup>18</sup> *Hel. Oxy.* 17.1; cf. X. *HG.* 2.4.1. PLUTARCO (*Lys.* 27-28.1) recoge la misma lista de agravios (salvo el incidente de Áulide, que lo sustituye por el descontento beocio por el dinero enviado por Lisandro a Esparta),

marchaba bien y ningún otro conflicto en Grecia servía de obstáculo, los lacedemonios veían una excelente oportunidad (καλὸς καιρὸς) de atajar el arrogante desafío de los tebanos<sup>19</sup>.

Por su parte, Pausanias (3.9.9-11) parece seguir al historiador de Oxirrincos más que a Jenofonte, aunque con ciertas y a la par significativas variaciones que sugieren la utilización de cuanto menos una tercera fuente. En primer lugar, los tebanos intrigantes se aproximan a los locros de Anfisa (οἱ ἐξ Ἀνφίσσης), esto es, a los locros occidentales –nótese sin embargo que, a diferencia de P, no utiliza el topónimo Hesperia– en lugar de a los focidios, lo que como hemos dicho antes resultaría *a priori* más convincente, o por lo menos lógico. Luego tenemos el detalle al que hemos aludido más arriba: el Periegeta asegura que los locros segaron el trigo maduro (τὸν σῖτον ἀκμάζοντα) –lo que ha servido de indicación a los estudiosos para datar el incidente en mayo o junio<sup>20</sup>–, y se llevaron el botín, o las “riquezas” (χρήματα), término genérico en el que posiblemente se incluyan cabezas de ganado, con lo que el territorio objeto de la disputa sería fértil y no sólo apto para el pastoreo. Por último Pausanias refiere el envío de una embajada ateniense a Esparta para pedir que no marcharan contra los tebanos y accedieran a un arbitraje, sin lograr otra cosa que encolerizar aún más a unos espartanos que considerarían intolerable tamaña injerencia en un estado “vasallo”<sup>21</sup>.

El otro problema crucial, no menos espinoso e intrincado, en nuestro análisis del estallido de la guerra de Corinto es el de fechar y calibrar adecuadamente la llegada a Grecia continental del rodio Timócrates, emisario del Gran Rey encargado de repartir oro por valor de cincuenta talentos de plata entre los προστάται de las facciones antilaconias de las principales πόλεις griegas. Los cincuenta talentos –si fue ésta en realidad la cifra, pues hay más de una versión, como corresponde a los rumo-

---

pero personalizándolos en un irritable Lisandro, a quien el de Queronea responsabiliza de presionar a los éforos para que decreten la movilización contra los beocios. Con buen criterio BOMMELAER 1981: 192-193 piensa que Plutarco exagera el poder e influencia de Lisandro dentro de Esparta, lo que no obsta para que el vencedor de Egospótamos pudiese unir su voz a la de los que clamaban por la guerra, no por un ridículo afán revanchista, como quiere Plutarco, sino para «déplacer vers l'Europe le centre de gravité de la politique lacédémonienne afin d'y jouer un rôle de premier plan».

<sup>19</sup> Resulta arduo aceptar la propaganda de Jenofonte en este pasaje, ya que es más que dudoso que los espartanos pudieran ver con agrado la apertura de hostilidades en Grecia justo cuando Agesilao estaba obteniendo buenos resultados en la campaña de Asia.

<sup>20</sup> La excepción es TUPLIN 1993: 169-170, que desecha el dato de Pausanias sólo porque no lo encontramos ni en Jenofonte ni en P (y por supuesto porque daña irremisiblemente su datación del conflicto locro-focidio a finales del verano de 395). Como en el episodio de la misión de Timócrates (*vid. infra*), es claro que el Periegeta suministra información derivada de al menos un tercer filón historiográfico.

<sup>21</sup> Tras la estela de GRENFRELL y HUNT (1908: 233), ACCAME 1951: 42 y 1966: 104-106 tachó de invención del Periegeta esta embajada, «como ampliación y objetivación del relato de Jenofonte», del que sin embargo se separa para dar mayor relevancia a los atenienses, y en el mismo sentido se han pronunciado también COOK 1981: 242, BUCK 1994: 32 y 1998: 97 n. 10 y BUCKLER 2004: 407-408. Por contra, BRUCE 1967: 120, CLOCHÉ 1919: 165-166, PICCIRILLI 1973: 151-152, SAUR 1978: 210 n. 22, HAMILTON 1979: 204-205, STRAUSS 1986: 112-113, ALONSO TRONCOSO 1995: 250, 1997: 27, 36 y 1999: 61-62 y PASCUAL GONZÁLEZ 1995a: 693-694 admiten el testimonio de Pausanias, el primero porque alega que no se puede descartar que P se hiciera eco de esta embajada más adelante en su relato, en un pasaje perdido, los demás porque buscan una explicación a la embajada misma en la hipótesis de que quizá fuera una concesión por parte de Trasibulo a la clase privilegiada de Atenas, renuente al inminente conflicto.



res alentados por el secretismo del viaje<sup>22</sup>— portados por Timócrates no eran sino una cantidad simbólica, insuficiente a todas luces para lo que se preveía una larga y dura contienda —apenas podían subvencionar un mes de guerra<sup>23</sup>—, pero que sin duda anunciaban, al igual que la flota anclada en Fenicia y preparada para intervenir a las órdenes de Conón, la determinación del Gran Rey de apoyar con sus vastos recursos financieros la guerra contra Esparta de unos estados griegos que, con la posible excepción de Beocia, se encontraban económicamente exhaustos tras la guerra del Peloneso<sup>24</sup>. De hecho los subsidios persas se materializarían en el verano de 394, cuando, después de su decisiva victoria naval en Cnido, Farnabazo entregó fondos al sinedrio de Corinto para proseguir la lucha contra Esparta, destinados por la coalición a diversos fines, como la creación de una nueva flota corintia, la reconstrucción de los muros de Atenas o el pago de la soldada de los mercenarios que combatían en el istmo<sup>25</sup>. No era ésta la primera vez que el persa interfería de semejante manera, comprando lealtades, en los asuntos griegos<sup>26</sup>. Por su proximidad cronológica resulta particularmente intrigante el viaje al Peloponeso del también rodio Dorieo —un miembro de la oligarquía Diagórida— en 396/5, del que desconocemos tanto la finalidad como las escalas, pero sí sabemos que fue considerado una amenaza por Esparta a tenor de la ejecución inmediata que siguió a su captura<sup>27</sup>. Persia explotaba así el sentimiento antilacedemonio crecido en Grecia desde que Esparta había quedado como única potencia hegemónica, dándole concreción y unidad.

Como puede suponerse, los persas no actuaban de una forma desinteresada. Jenofonte (*HG.* 3.5.1-2) asegura que Tiraustes envió a Timócrates al comprobar que Agesilao perseveraba en sus campañas asiáticas, en las que causaba grandes estragos y tomaba mucho botín, en la idea de que el estallido de una guerra en suelo griego alejase al rey espartano de Asia. Puesto que según el propio Jenofonte, en un pasaje en aparente contradicción con el anterior (*HG.* 3.4.25), Tiraustes fue quien

<sup>22</sup> LEWIS 1989: 232-233. Plutarco (*Ages.* 15.8) pone en boca de Agesilao la frase cargada de ironía de que el Rey le estaba echando de Asia con diez mil «arqueros» (treinta mil en *Plu. Artax.* 20.6 y *Mor.* 211 b), en referencia al tipo monetar de los dáricos de oro, en los que el rey persa era representado como un arquero. Aunque KRENTZ 1995: 195 sugiere que diez mil puede ser una elevada cifra estándar para los subsidios persas, alegando tan solo un ejemplo más (Ciro entrega la misma cantidad a Clearco en *X. An.* 1.1.9), es más probable que esta cantidad que figura en la *Vida de Agesilao* (μυρίαίς) deba ser enmendada por treinta mil (τριμυρίαίς), en consonancia con los otros dos manuscritos de Plutarco. Puesto que cada dárico tiene un valor de veinte dracmas, los treinta mil dáricos equivalen por tanto a sesenta mil dracmas, esto es, cien talentos (y no cincuenta).

<sup>23</sup> «Somma veramente irrisoria per il vasto tentativo di corruzione che si voleva intraprendere» (ACCAME 1978: 140-141). Por ello COOK 1990b considera que, entregados a los *prostátai* de las principales facciones antilaconias como regalo personal, los cincuenta talentos podían rendir frutos mucho más satisfactorios. BUCK 1993: 95 admite que una pequeña parte de ese dinero pudiera ser destinado a presentes privados, pero el grueso del montante debía ser garantía del compromiso financiero persa con la causa antiespartana.

<sup>24</sup> La gravosa carga financiera que conlleva una guerra es un factor especialmente destacado por KAGAN 1961 para explicar la renuencia de los estados descontentos con Esparta a oponerse activamente a su política imperial.

<sup>25</sup> *X. HG.* 4.8.8-10; D.S.14.84.5.

<sup>26</sup> Véase LEWIS 1989 y GALVAGNO 2002: 102-104.

<sup>27</sup> Paus. 6.7.6, basado en Androción (*FGrH* 324 F 46). LEHMANN 1978: 86-87, HOFSTETTER 1978: n° 92 (pp. 53-54), FUNKE 1980: 55, 56 n. 31 y RUNG 2004: 421-422 no dudan en asociar a Dorieo con los intereses persas y conectar su misión con la de Timócrates.

ejecutó y sucedió a Tisafernes al frente de la satrapía de Lidia y en la dignidad de *káranos* justo después de la batalla de Sardes –primavera de 395–, esto significaría que el rodio habría alcanzado el continente griego hacia finales del verano de 395 –se precisan tres meses de viaje desde Susa a Sardes–, esto es, cuando las hostilidades ya se habían abierto en Grecia central y había perdido sentido el propósito original de la misión.

Ya fuera por orden de Titraustes o de Farnabazo (*vid. infra*), lo cierto es que Timócrates distribuyó el oro entre los tebanos Andróclidas, Ismenias y Galaxidoro, los corintios Timolao y Poliantes y el argivo Cilón a cambio de la promesa de que llevaran la guerra contra los lacedemonios, mientras que los atenienses no necesitaban recibir dinero para estar predispuestos a ella<sup>28</sup>. Convertidos en agentes del Gran Rey a los ojos de Jenofonte, los implicados comenzaron a calumniar y a intrigar contra los lacedemonios dentro de sus respectivas ciudades hasta que finalmente lograron que éstas se unieran en una formidable coalición integrada por Beocia, Corinto, Argos y Atenas<sup>29</sup>. En su relato, pues, el oro del bárbaro y su efecto corruptor sobre los dirigentes antilaconios es la piedra angular sobre la que descansa la exégesis de este conflicto.

Pausanias (3.9.8; cf. 4.17.5) no difiere en lo esencial de Jenofonte, tan sólo sustituye entre los tebanos, a Galaxidoro por Anfítemis –presumiblemente el mismo individuo al que P llama Antiteo y Plutarco Anfiteo<sup>30</sup>– añade al argivo Sodamas y, lo que sí es más significativo, incluye en la trama a los *prostátai* de la facción democrata “radical” ateniense, Céfalo y Epícrates<sup>31</sup>.

Tampoco Plutarco en sus diferentes biografías<sup>32</sup> exime de responsabilidad a los atenienses –en este caso mencionados de manera genérica–, que son señalados junto

<sup>28</sup> En opinión de ACCAME 1951: 31-32 y 1966: 111-113 el pasaje que exonera a los atenienses de la mácula de soborno habría sido insertado por Jenofonte con posterioridad, cuando después de 375 se produjo un acercamiento diplomático entre atenienses y lacedemonios. Según BADIAN 1995: 83 en cambio Jenofonte nunca dejó de ser un ateniense leal y ésta es una de las ocasiones en que lo demuestra a lo largo de su obra. A nuestro conocimiento, con la posible excepción de TUPLIN 1993: 61, para quien Jenofonte no actúa así por razones «patrióticas», sino para satirizar las expectativas atenienses de imperio, ningún estudio niega actualmente que Atenas fuera visitada por el emisario rodio (BRUCE 1966: 277 busca conciliar el testimonio de Jenofonte con el de Oxirrínco arguyendo que los atenienses pudieron rehusar el dinero en un primer momento, pero después la facción «radical» de Epícrates y Céfalo dispuso una embajada al Rey, de carácter no oficial, para mostrar su disponibilidad).

<sup>29</sup> HAMILTON 1979: 192, 198, LONDON 1989: 311, BUCK 1998: 96 y RUNG 2004: 423 dan a entender que Timócrates pudo hacer una labor de mediación o coordinación estratégica, lo que es desmentido por la cadena de acontecimientos que conducen al estallido del conflicto, en la que cada grupo actúa enteramente por su cuenta (los tebanos son los primeros en enfrentar a la confederación beocia con Esparta, luego consiguen la alianza de Atenas y, sólo cuando los lacedemonios sufren la humillante derrota de Haliarto, se incorporan Corinto y Argos a la coalición). Bajo nuestro punto de vista el vínculo establecido por Timócrates es económico e ideológico.

<sup>30</sup> *Hel. Oxy.* 17.1; *Plu. Lys.* 27.3; cf. BRUCE 1967: 110-111; KRENTZ 1995: 195; BUCKLER 2004: 401. Ni Galaxidoro ni Anfítemis nos son conocidos por alguna otra fuente.

<sup>31</sup> Son varias las fuentes que hacen referencia a corrupción o a enriquecimiento ilícito de Epícrates durante la guerra de Corinto: la *oratio* XXVII de Lisias (siempre que sea el mismo Epícrates, el de Cefisia), *Ar. Eccl.* 71; *Plato Comicus* fr. 119 Edmonds (el fragmento corresponde a la obra *Πρὸς Βεῖταις*, de 393/2); *Ath.* 251 a-b, que cita a Hegesandro.

<sup>32</sup> *Lys.* 27.1; *Artax.* 20.4-5 (en donde es Artajerjes quien directamente envía al rodio); *Ages.* 15.8; *Mor.* 211 B.

a los tebanos como perceptores del oro e impulsores de la guerra, mientras corintios y argivos son obviados, quizá por su menor protagonismo en el concierto internacional heleno.

Quien sí contrasta claramente con Jenofonte, una vez más, es el historiador de Oxirrinco (7.2-5), incluso aunque sólo aborde la cuestión de forma indirecta en los fragmentos conservados<sup>33</sup>. En primer lugar, P responsabiliza del viaje de Timócrates a Farnabazo, el sátrapa de Frigia, y no a Tiraustes, que como hemos visto más arriba aún no había entrado en escena. La fecha por tanto de su llegada a Grecia central debió de ser probablemente a finales de 396 o comienzos de 395<sup>34</sup>. En segundo lugar el Oxirrinquio deja bien claro que este dinero no habría surtido el mismo efecto sin la existencia de un caldo de cultivo previo hostil a la opresiva y arbitraria hegemonía lacedemonia en la Hélade, criticando de paso a quienes –como Jenofonte

<sup>33</sup> Pace TUPLIN 1993: 170, es probable que la llegada de Timócrates a Grecia fuera tratada con la amplitud que merece en la parte correspondiente –desgraciadamente perdida– de acuerdo con la narración diacrónica de los acontecimientos.

<sup>34</sup> ZUNKEL 1911: 8-15; BELOCH 1922: 66, 216; KAGAN 1961: 322; PERLMAN 1964: 7 n. 11; SEAGER 1967: 95 con n. 2; LEHMANN 1978: 111-112; FUNKE 1980: 55-57, 68; STRAUSS 1986: 109-110 con n. 73; CARTLEDGE 1987: 290; COOK 1990b: 69 n. 1; CORSARO 1994: 118; BUCK 1998: 95. Siguiendo en parte a los primeros editores de los fragmentos del papiro de Londres, GRENFELL y HUNT (1908: 205), ACCAME 1951: 29 y 1966: 108-109 se ampara en un teórico orden narrativo lineal de P para datar el viaje del rodio en el verano de 397, aunque el pasaje en cuestión no tiene ninguna referencia cronológica y parece más bien una digresión a propósito de los demagogos atenienses Céfalo y Epícrates (este argumento es retomado y complicado con un aleatorio orden de navarcos espartanos en ACCAME 1978: 130-142). En cambio la mención de Farnabazo es inequívoca. También TREVES 1937: 115, 124, HOFSTETTER 1978: 185, SENSI SESTITO 1979: 29 con n. 83 (que no descarta más de un viaje), COOK 1981: 99 y 1990b: 69 y BESSO 1997: 47 n. 16 abogan por el año 397. Dicho año presenta el inconveniente de que despoja a la misión de Timócrates de su principal *leitmotiv*, el de distraer a Agesilao de los dominios persas en Asia Menor, dado que el rey espartano aún no había emprendido la expedición. LONDON 1989: 310 y LEWIS 1989: 232-233 aceptan la información del Oxirrinquio en cuanto a la identificación de Farnabazo, pero no se deciden por una fecha concreta.

No han faltado quienes, como LENSCHAU 1933, BARBIERI 1955: 97-98, BRUCE 1966: 276-277 y 1967: 58-60, SAUR 1978: 208 n. 15, HAMILTON 1979: 183, 190, 204, 207 y últimamente GALVAGNO 2002: 106-107 n. 49, han tratado de salvar las discrepancias entre Jenofonte y P arguyendo que Timócrates pudo realizar dos viajes, el primero en 397 ó 396, a instancias de Farnabazo, y el segundo avanzado el verano de 395 e iniciada ya la guerra, ordenado por Tiraustes, en cada uno de los cuales repartiría cincuenta talentos; se explicaría así la frase de Agesilao citada más arriba en la que decía que el Rey le había echado de Asia con treinta mil «arqueros» (dárlicos), esto es, cien talentos (Plu. *Artax.* 20.6 y *Mor.* 211 b). Coincidimos con BADIEN 1995: 83 n. 12 en la desconfianza que despiertan esta clase de «teorías ad hoc». Qué cabe decir entonces de BONAMENTE 1973: 65-69 y 113-120, que añade incluso la posibilidad de una tercera llegada a suelo griego de un representante persa, de identidad desconocida, que sitúa cronológicamente entre las otras dos, concretamente entre la batalla de Sardes y la invasión focidia de Lócride. Tampoco nos parece convincente, porque fuerza demasiado a las fuentes, el reciente intento de RÜNG 2004 de hilar todas las hipótesis posibles. Este autor trata sobre todo de rehabilitar la credibilidad de Jenofonte –aunque modifica su sucesión de navarcos lacedemonios a su conveniencia– adelantando la llegada a Sardes de Tiraustes –el cual habría partido de Susa *antes* de la batalla de Sardes– y desvinculándola de la finalidad de «castigar» a Tisafernes (esto había sido sugerido ya por BELOCH 1922: 46 y LEWIS 1977: 142 n. 47), lo que no implicaría al mismo tiempo desacreditar a P en su afirmación de que fue Farnabazo quien envió a Timócrates (de hecho, por consejo de Conón, habría auspiciado una idea que luego su superior en el mando, el *káranos* Tiraustes, habría hecho suya para proponérsela al Rey). Esta última hipótesis, excepto por el papel desempeñado por Conón, es compartida por BUCKLER 2004: 398, quien añade que Jenofonte no quiso implicar a Farnabazo en la misión de Timócrates por admiración hacia él y por los vínculos que había forjado con Agesilao.

mismo— erróneamente piensan que la corrupción del oro del Rey fue la causa del estallido de la guerra<sup>35</sup>. No hay pues condena moral hacia este hecho, ni acusación de medismo o de corrupción hacia los receptores del oro, como en Jenofonte. Aclara que argivos, beocios y corintios detestaban a los espartanos porque éstos habían apoyado a las facciones opuestas<sup>36</sup>, obviamente laconizantes —sólo el corintio Timolao albergaba motivos personales no especificados para haber mudado su lealtad tras ser un ferviente filolaconio durante la guerra jónica<sup>37</sup>—, en tanto que los dirigentes atenienses querían sacar a sus conciudadanos del letargo de la paz y de paso “obtener un beneficio privado de la comunidad” (ἐκ τῶν κοινῶν ἢ χρηματίζεσθαι) con la situación de confusión e inestabilidad que reina en tiempo de guerra<sup>38</sup>. Ciertamente el apoyo de Esparta a grupos laconizantes dentro de las ciudades del imperio, primero por parte de Lisandro y luego de Agesilao, suscitó agrias diferencias en el cuerpo cívico de estos estados, que, lejos de tener un carácter ideológico o socioeconómico, se fundamentan en la orientación que debía seguir la política interna, de docilidad o resistencia a la hegemonía espartana. De esta forma, en la mejor tradición tucidídea, en las *Helénicas de Oxirrinco* el imperialismo espartano ejerce de ἀληθεστάτη πρόφασις de la guerra de Corinto, la causa más profunda y última de la misma, por encima de la αἰτία, la causa inmediata o detonante, que sería la ayuda financiera persa<sup>39</sup>.

La versión de P transpira al relato de Diodoro (14.82.2), según el cual el odio que la dura supremacía espartana había levantado entre sus aliados fue el cemento que

<sup>35</sup> Véase especialmente LEHMANN 1978, FUNKE 1980: 46-57 y LENDON 1989, quien, además de respaldar el juicio del historiador de Oxirrinco, ha interrelacionado de manera sugerente la situación de *stásis* interna que se vivía en Tebas con la evolución interna de la sociedad espartana contemporánea, donde el acceso al trono de Agesilao hacia 398 significó el triunfo de la facción más imperialista, la encarnada por Lisandro (a diferencia de Lendon no creemos que la facción de Pausanias pueda ser etiquetada como «pacifista», sino que más bien no propugnaba un imperialismo a ultranza), momento a partir del cual las interferencias en la política interna tebana no dejaron de sucederse, precipitando de esta forma la actuación de Ismenias. *A contrario*, BRUCE 1960, PERLMAN 1964 y PASCUAL GONZÁLEZ 1995b: 190-192 minimizan la lucha faccional dentro de las ciudades, así como la intromisión espartana en la política interna de otros estados. No resta importancia a las divergencias entre las tradiciones de Jenofonte y P el argumento de TUPLIN 1993: 62 de que en otros lugares de su relato el primero no esconde los episodios de oposición a Esparta. Como ha recordado GALVAGNO 2002: 109, en otros pasajes de su relato «l'anonimo cerca, tuttavia, con l'accusa di tirchieria, di sminuirne l'incidenza dell'oro persiano».

<sup>36</sup> El mismo argumento se encuentra, medio siglo después, en la carta IX, 13-14, de Isócrates, dirigida a Arquidamo; el rétor escribe que al fomentar las discordias entre griegos «por su actividad en favor de sus amigos», Agesilao no tuvo tiempo de luchar contra el bárbaro.

<sup>37</sup> P cuenta en un breve *excursus* que Timolao saqueó algunas islas bajo influencia ateniense, derrotó al estratega ateniense Símico y promovió la defección de Tasos posiblemente a finales de 411. También Poliantes rindió buenos servicios a su patria en la última fase de la guerra del Peloponeso, pese a lo cual P no le caracteriza como laconizante. En 413 dirigió la flota corintia que se enfrentó con éxito a los atenienses en las proximidades de Naupacto y aseguró la llegada a Siracusa de refuerzos peloponesios (Th. 7.34.2).

<sup>38</sup> Atenas sería singularizada no sólo por la inexistencia de una facción laconizante en estos momentos (cf. BRUCE 1963), algo que parece bastante obvio, sino por tener una perspectiva más amplia que supera las razones personalistas y de facción: la pretensión de recuperar el papel hegemónico en el Egeo (BONAMENTE 1973: 70-72).

<sup>39</sup> FORNIS 2007. Como recuerda ACCAME 1951: 30, a lo largo del discurso tebano en Atenas (3.5.12-13) Jenofonte «admite implícitamente» tanto los efectos del desarrollo imperialista espartano como otras motivaciones tebanas además de la corrupción de sus líderes.

cohesionó y dio sentido a la coalición de los cuatro grandes estados, en el convencimiento de que, uniendo sus fuerzas, acabarían con tan impopular hegemonía.

Por último, en un pasaje del que tampoco se puede inferir una cronología precisa, Polieno (1.48.3) sigue al de Oxirrínco en hacer de Farnabazo la autoridad persa que ordena el viaje de Timócrates, si bien, sin duda llevado de su deseo de acentuar el protagonismo “griego” en el episodio, en el relato del macedonio el sátrapa actúa instigado por Conón<sup>40</sup>.

Examinadas las fuentes y los problemas que presentan y llegada la hora de establecer conclusiones, no podemos sustraernos a la idea de que el origen de la guerra de Corinto se explica por una interacción de factores. Por un lado parece evidente que el Gran Rey Artajerjes II, a través de sus legados satrápicos, quería alejar la guerra de sus territorios de Asia Menor y no encontró mejor camino que subvencionar la misión de Timócrates con su prometedor bagaje áureo. Ahora bien, el éxito de tal empresa, incluso su misma concepción, no puede dissociarse de la extendida desafección hacia el imperialismo lacedemonio en Grecia, cada vez más descarnado, como el testimonio del anónimo historiador de Oxirrínco, y no el de Jenofonte, hace explícito. En otras palabras, la llegada del rodio al continente permitió materializar los proyectos bélicos de las facciones antilaconias de las principales *póleis* griegas, que ahora se veían capaces de sostener, respaldadas por las profundas arcas persas, una dilatada y cruenta guerra contra Esparta. Como en los últimos años de la guerra del Peloponeso, el agotamiento de las potencias griegas había permitido que Persia entrara en juego sobre el tablero de las relaciones de poder y se convirtiera en árbitro de las mismas. En este punto, por encima de ciertos matices no desprovistos de significación, sí coinciden nuestros dos principales filones historiográficos. No es en absoluto casualidad que los tebanos, que con su ataque sobre Platea precipitaron el estallido de la guerra del Peloponeso en 431, urdieran un plan que diera idénticos frutos en 395: prender la llama de un conflicto panhelénico. Los treinta y seis años que median entre una y otra conflagración no habían cambiado el hecho de que la libertad de los griegos era estandarte y eslogan en la resistencia al poder hegemónico, llámese Atenas o Esparta.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACCAME, S. (1951): *Ricerche intorno alla guerra corinzia*, Napoli.  
 — (1966): *L'imperialismo ateniese all'inizio del secolo IV e la crisi della polis*, Napoli<sup>2</sup>.  
 — (1978): “Ricerche sulle *Elleniche di Ossirinco*”, *MGR* 6, 125-183 (reimpreso en sus *Scritti Minori*, III, Roma, 1990, 1097-1136).

---

<sup>40</sup> BARBIERI 1955: 93, 164-165 concede excesivo crédito a este testimonio por ser al único que puede aferrarse en su tesis de que Conón fue el cerebro en la sombra que diseñó y organizó el plan para provocar el conflicto. La teoría ha calado en Rung 2004: 419, para quien Conón propuso a Timócrates «de entre sus amigos demócratas rodios».

- ALONSO TRONCOSO, V. (1995): “Ultimátum et déclaration de guerre dans la Grèce classique”, en E. FREZOULS y J. ACQUEMIN (eds.), *Les relations internationales. Actes du Colloque de Strasbourg 15-17 juin 1993*, Paris, 211-295.
- (1997): “Tratados y relaciones de alianza en la guerra de Corinto”, *RSA* 27, 21-71.
- (1999): “395-390/89 a.C., Atenas contra Esparta: ¿De qué guerra hablamos?”, *Athenaeum* 87, 57-77.
- BADIAN, E. (1995): “The Ghost of Empire. Reflections on Athenian Foreign Policy in the Fourth Century B.C.”, en W. EDER (ed.), *Die athenische Demokratie im 4. Jahrhundert v. Chr.*, Stuttgart, 79-106.
- BARBIERI, G. (1955): *Conone*, Roma.
- BELOCH, K.J. (1922): *Griechische Geschichte*, III, 1, Berlin-Leipzig<sup>2</sup>.
- BESSO, G. (1997): “Gli uomini politici emergenti in Atene nei primi anni del IV secolo a.C.: il caso di Cefalo de Collito”, *Quaderni Dip. Filol. Ling. Trad. Class. A. Rostagni* 9, 43-54.
- BLOCH, H. (1940): “Studies in Historical Literature of the Fourth Century B.C.: I, The Hellenica of Oxyrhynchus and Its Authorship”, en *Athenian Studies*, Cambridge, 303-341.
- BOMMELAER, J.-F. (1981): *Lysandre de Sparte. Histoire et traditions*, BEFAR 240, Paris.
- BONAMENTE, G. (1973): *Studio sulle Elleniche di Ossirinco. Saggio sulla storiografia della prima metà del IV secolo a.C.*, Perugia.
- BREITENBACH, H.R. (1970): “Hellenika Oxyrhynchia”, *RE* suppl. XII, coll. 383-426.
- BRUCE, I.A.F. (1960): “Internal Politics and the Outbreak of the Corinthian War”, *Emerita* 28, 75-86.
- (1963): “Athenian Foreign Policy in 396-395 B.C.”, *CJ* 58, 289-295.
- (1966): “Athenian Embassies in the Early Fourth Century”, *Historia* 15, 272-281.
- (1967): *An Historical Commentary on the Hellenika Oxyrhynchia*, Cambridge.
- BUCK, R.J. (1993): “The Outbreak of the Boiotian War”, en J.M. FOSSEY y J. MORIN (eds.), *Boeotia Antiqua III. Papers in Boiotian History, Institutions and Epigraphy in Memory of Paul Roesch*, Amsterdam, 91-99.
- (1994): *Boeotia and the Boeotian League, 432-371 B.C.*, Edmonton.
- (1998): *Thrasybulus and the Athenian Democracy. The Life of an Athenian Statesman*, *Historia Einzelschriften* 120, Stuttgart.
- (2005): “Ismenias and Thrasybulus”, *AncW* 36, 34-43.
- BUCKLER, J. (2004): “The Incident at Mount Parnassus, 395 B.C.”, en C. TUPLIN (ed.), *Xenophon and his World*, *Historia Einzelschriften* 172, Stuttgart, 397-411.
- CARTLEDGE, P. (1987): *Agesilaos and the Crisis of Sparta*, Baltimore.
- CAWKWELL, G.L. (1976): “Agesilaus and Sparta”, *CQ* 26, 62-84.
- CLOCHÉ, P. (1918): “La politique thébaine de 404 à 396 av. J.-C.”, *REG* 31, 315-343.
- (1919): “Les conflits politiques et sociaux a Athènes pendant la guerre corinthienne (395-387 J.-C.)”, *REA* 21, 157-192.
- COOK, M.L. (1981): *Boeotia in the Corinthian War. Foreign Policy and Domestic Politics*, Diss. University of Washington.
- (1988): “Ancient Political Factions: Boiotia 404 to 395”, *TAPhA* 118, 57-85.
- (1990a): “Ismenias’ Goals in the Corinthian War”, en A. Schachter (ed.), *Essays*

- in the *Topography, History and Culture of Boeotia*, *Teiresias Supp.* 3, Montreal, 57-63.
- (1990b): “Timokrates’ 50 Talents and the Cost of Ancient Warfare”, *Eranos* 88, 69-97.
- CORSARO, M. (1994): “Sulla politica estera persiana agli inizi del IV secolo: La Persia e Atene, 397-386 a.C.”, en S. ALESSANDRI (ed.), Ἱστορίη. *Studi offerti dagli allievi a Giuseppe Nenci in occasione del suo settantesimo compleanno*, Galatina, 109-130.
- DUSANIC, S. (1985): “Le médisme d’Isménias et les relations gréco-perses dans la politique de l’Académie platonicienne (383-378 av. J.-C)”, en *La Béotie antique, Colloques Internationaux du CNRS*, Paris, 227-235.
- (2005): “Theban Politics and the Socratic Dialogues”, *AncW* 36, 2005, 107-122.
- FORNIS, C. (2007): “Las causas de la guerra de Corinto: un análisis tucidídeo”, *Gerion* 25, e.p.
- FUNKE, P. (1980): *Homónoia und Arché. Athen und die griechische Staatenwelt vom Ende des Peloponnesischen Krieges bis zum Königfrieden (403-387/6 v. Chr.)*, *Historia Einzelschriften* 37, Wiesbaden.
- GALVAGNO, E. (2002): “Persia e Persiani nelle Elleniche di Ossirinco”, en S. BIANCHETTI y M. CATAUDELLA (a.c), *Le “Elleniche di Ossirinco” a cinquanta anni dalla pubblicazione dei Frammenti Fiorentini 1949-1999, Atti del Convegno tenu-tosi a Firenze (22-23 novembre 1999)*, La Spezia (= *Sileno* 27, 2001), 99-118.
- GRENFELL, B.P. y HUNT, A.S. (1908): *The Oxyrhynchus Papyri*, Part V, Oxford.
- HACK, H.M. (1978): “Thebes and the Spartan Hegemony 386-382 B.C.”, *AJPh* 99, 210-227.
- HAMILTON, C.D. (1979): *Sparta’s Bitter Victories. Politics and Diplomacy in the Corinthian War*, Ithaca-London.
- HOFSTETTER, J. (1978): *Die Griechen in Persien. Prosopographie der Griechen im Persischen Reich vor Alexander*, Berlin.
- KAGAN, D. (1961): “The Economic Origins of the Corinthian War”, *PP* 16, 321-341.
- KRENTZ, P. (1995): *Xenophon: Hellenika II.311.-IV.2.8. Edited with an Introduction, Translation and Commentary*, Warminster.
- LEHMANN, G.A. (1978): “Sparta’s ἀρχή und die Vorphase des korinthischen Krieges in den *Hellenica Oxyrhynchia*”, *ZPE* 28, 107-126 y 30, 73-93.
- LONDON, J.E. (1989): “The Oxyrhynchus Historian and the Origins of the Corinthian War”, *Historia* 38, 300-313.
- LENSCHAU, T. (1933): “Die Sendung des Timokrates und der Ausbruch des korinthischen Krieges”, *PhW* 53, 1325-1328.
- LERAT, L. (1952): *Les locriens de l’Ouest*, Paris.
- LEWIS, D.M. (1977): *Sparta and Persia*, Leiden.
- (1989): “Persian Gold in Greek International Relations”, *REA* 91, 227-234.
- MCKAY, K.L. (1953): “The Oxyrhynchus Historian and the Outbreak of the ‘Corinthian War’”, *CR* 3, 6-7.
- MCCKECHNIE, P.R. y KERN, S.J. (1988): *Hellenica Oxyrhynchia*, Warminster.
- PASCUAL GONZÁLEZ, J. (1992): “Beocia y Grecia central y el comienzo de la guerra de Corinto”, en J. ZARAGOZA y A. GONZÁLEZ SANMARTÍ (eds.), *Homenatge a Josep Alsina. Actes del Xè Simposi de la Secció Catalana de la SEEC (Tarragona, 28 a 30 de novembre de 1990)*, Tarragona, 423-426.

- (1995a): *Tebas y la confederación beocia en el periodo de la guerra de Corinto (395-386 a. C.)*, Diss. Universidad Autónoma de Madrid.
- (1995b): “Corinto y las causas de la guerra de Corinto”, *Polis* 7, 188-217.
- PERLMAN, S. (1964): “The Causes and the Outbreak of the Corinthian War”, *CQ* 14, 64-81.
- PICCIRILLI, L. (1973): *Gli arbitrati interstatali greci, I: dalle origine al 338 a.C.*, Pisa.
- RUNG, E. (2004): “Xenophon, the Oxyrhynchus Historian and the Mission of Timocrates to Greece”, en C. TUPLIN (ed.), *Xenophon and his World*, *Historia Einzelschriften* 172, Stuttgart, 413-425.
- SAUR, L. (1978): *Thrasybule de Stiria: une certaine idée d’Athènes*, Diss. Université de Liège.
- SEAGER, R. (1967): “Thrasybulus, Conon and Athenian Imperialism 396-386 B.C.”, *JHS* 87, 95-115.
- SENSI SESTITO, G. DE (1979): “Correnti, leaders e politica estera in Atene (400-395)”, *SicGym* 32, 1-42.
- STRAUSS, B.S. (1986): *Athens after the Peloponnesian War. Class, Faction and Policy, 403-386 B.C.*, London.
- SZEMLER, G.J. (1996): “Two Notes on the Corinthian War”, *AncW* 27, 95-104.
- TREVES, P. (1937): “Note sulla guerra corinzia”, *RFIC* 15, 113-140 y 278-283.
- TUPLIN, C. (1993): *The Failings of Empire. A Reading of Xenophon Hellenica 2.3.11-7.5.27*, *Historia Einzelschriften* 76, Stuttgart.
- ZUNKEL, G. (1911): *Untersuchungen zur griechischen Geschichte der Jahre 395-386*, Weimar.